

mo. Parece difícil, por tanto, que puedan conjugarse estas dos tendencias, la que postula la exaltación del genio, el instinto, la fantasía o la imaginación, con la que se ciñe a la concepción científica. Es evidente que los modernistas buscaban una visión más amplia que la pragmática propia de la corriente realista y positivista⁷. Es cierto que los modernistas de lengua española protestaron contra el positivismo y el cientificismo, contra los dogmas y convenciones sociales y contra la exigencia de dar a todo una explicación racional⁸. Es cierto que, como define Octavio Paz, y hemos ya indicado, el modernismo fue la respuesta al positivismo, la «crítica de la sensibilidad y el corazón —también de los nervios— al empirismo y al cientificismo positivista»⁹. Sin embargo, el modernismo —difícil de definir por su esencia proteica, cambiante, múltiple y heterogénea— congrega estéticas disímiles. No es de extrañar que asimilara, pues, ingredientes del positivismo. Dicha «ideología» fue, si no imprescindible para la configuración del modernismo, más importante que lo que se ha venido creyendo. La renovación (de forma y de idea) es connatural al modernismo y dicha renovación sólo podía entenderse en el sentido de progreso; progreso que el positivismo europeo se encargó de fomentar. Así, a pesar de que el modernismo no podía comulgar con un arte industrializado, burgués, mediatizado por el poder económico, realista-naturalista, útil y práctico, en definitiva positivista, de dicha filosofía tomó más rasgos de los que a primera vista parece. Además, como se pregunta Rodó, ¿no fue el positivismo quien frenó tanto abuso indiscriminado que el mal romanticismo había hecho del sentimiento? El modernismo habría aprendido bien la lección.

Rodó, uno de los ensayistas y pensadores más fecundos de América Latina, fue de los primeros que vislumbró tales relaciones entre positivismo y modernismo. En su ensayo sobre *Rubén Darío* (1899), incluido en *Obras Completas* (1967), se reconoce modernista definiendo dicho movimiento en los siguientes términos:

No creo ser adversario de Darío. Yo soy un modernista también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas.

Y en *Rumbos Nuevos* manifiesta la importancia que la filosofía positivista tuvo en generaciones posteriores:

La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del

⁷ Introducción de Andrew P. Debicki y Michael J. Dou-doroff a Rubén Darío. Azul. Prosas profanas (Madrid, Alhambra, 1987), pp. 5 y 6.

⁸ Ricardo Gullón, El Simbolismo. Soñadores y visionarios (Madrid, J. Tablate Miquis ediciones, 1988), p. 17.

⁹ Véase Los hijos del limo (Barcelona: Seix Barral, 1974), p. 115.

hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación¹⁰.

Ferran Fullà, concediéndole poco valor al positivismo —lo define por su visión estrecha y reduccionista que vino a empobrecer el pensamiento científico—, estudia la influencia que ejerció el modernismo sobre la ciencia y el de ésta sobre aquél. Por lo que respecta a la influencia del modernismo sobre la ciencia, señala cómo dicho movimiento se opuso a unas ideas y estructuras arcaicas que frenaban el despliegue científico. También fomentó el arraigo al país y, por tanto, el estudio sistemático de éste en todos los aspectos. La influencia de la ciencia sobre el modernismo se hace evidente, señala Ferran Fullà, en la cantidad de poemas que cantan las excelencias de la ciencia. Y culmina:

Ara, si volem trobar la traça més perdurable d'aquesta influència hem de mirar cap al bagatge cultural popular. De llavors ençà, Darwin és el prototip del científic per a una gran part de la població i la lluita entre evolucionisme i integrisme religiós ocupa tot l'espai de l'oposició entre materialisme i idealisme, fins al punt que, encara avui, hi ha molta gent de més de 30 anys que cita Darwin com a partidari del progrés material de la societat, contraposant-lo a l'església i a ... Marx, o a Marx i Nietzsche!, com a partidaris del progrés moral¹¹.

Modernistas y krausistas fueron positivistas en no pocos aspectos¹². Arturo Andrés Roig comenta cómo hubo dos épocas en el krausismo, una primera en que se enfrentó al positivismo y otra en que intentó asimilarlo, denominándose época del krausopositivismo¹³. Igual sucedería con muchos modernistas que, a pesar de ser seguidores del espiritualismo, aceptaron cánones de la filosofía utilitaria. Gutiérrez Girardot expone con claridad las coincidencias de principios entre el positivismo materialista y el krausismo espiritualista que tienen su explicación en las coincidencias entre Hegel, del que Krause fue epígono, y Comte. La secularización del siglo XIX supuso una «sacralización del mundo». Señala:

Y nada muestra tan patentemente esta sacralización del mundo como los «principios de fe» que rigieron estas dos tendencias y las metas que se propusieron: la fe en la ciencia y en el progreso, la perfección moral del hombre, el servicio a la Nación¹⁴.

Secularización, profanación o «sacralización» en que se formará la lírica moderna (el Baudelaire de «Les litanies de Satan», de *Les fleurs du mal*, el Darío de *Prosas profanas*, mientras Manuel Machado o Julián del Casal, por ejemplo, mezclan lo sagrado y lo profano, lo místico y lo hereje, lo oculto con lo palpable y positivo).

Contra el integrismo religioso lucharon el positivismo, el krausismo y, posteriormente, el modernismo, caracterizados los tres por su espíritu crítico. Ese proceso de secularización se había iniciado en el siglo XVIII con la Ilustración, que ya intentó refutar nociones tradicionales, tenidas por

¹⁰ Rumbos nuevos, Obras Completas (Montevideo: Barreiro y Ramos, 1956), p. 37.

¹¹ Ferran Fullà, «Ciència, la cara oculta del modernisme», *El País* (24 de junio de 1993), n.º 558, pp. 1-3.

¹² Un caso es el de José Martí que, en general, valoró bien el positivismo. Tratando el tema de la ignorancia que se cierne sobre los pueblos propugnará el fomento del «estudio de las ciencias como vía única para el conocimiento de las verdades». Ob. cit., t. 15, p. 192. El krausismo, por su parte, se manifestará de forma parecida: «Hoy, nuestro ideal en la ciencia es el amor al saber, a la verdad porque es verdad, y no por utilidad o conveniencia». J. López-Morillas, *El krausismo español* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1980), p. 105.

¹³ Tomado de la edición de Ivan A. Schulman a Nuevos asedios al modernismo (Madrid: Taurus Ediciones, 1974), p. 113.

¹⁴ Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* (México, Fondo de Cultura Económica, 1988), p. 50.

¹⁵ El krausismo español, ob. cit., p. 59 y ss. *Es lo que denomina Gutiérrez Girardot el cristianismo racional de los krausistas. Y lo ejemplifica con la siguiente cita de Julián Sanz: «Profesamos, pues, el culto de deber, como ley universal del orden moral, que obliga a todos los hombres, en todo tiempo y por todo lugar, que manda el sacrificio y la propia abnegación ante el bien de la patria y el de la humanidad; el amor a todos los hombres, amigos o enemigos, conciudadanos o extranjeros, pobres o ricos, incultos o cultos, buenos o malos, en suma, la imitación de Dios en la vida, o la realización del bien, de lo verdadero, de lo bello, sólo por obrar bien, no por interés de las consecuencias, ni por la espera del premio, o temor del castigo». Señala Gutiérrez Girardot cómo esta idea se aviene con la del positivista ortodoxo Juan Enrique Lagarrigue, si bien éste se expresa de forma más pragmática. Véase Modernismo. Supuestos históricos y culturales, ob. cit., p. 49.*

¹⁶ Pensamiento positivista latinoamericano, ob. cit., p. 161.

¹⁷ *Ibíd.*, XLV.

absolutas. La desaparición del estado teológico que propone Comte se une con el intento de secularización que propone el krausismo. El krausismo se guía por la religión de la conciencia. Se debe obrar bien sólo por obrar bien y no por interés, temor o recompensa. El krausismo español busca la solidaridad universal propugnando, para ello, la fraternidad de todos los pueblos. El amor a la verdad y al saber son fundamento de su ideario doctrinal. Abogan, como los positivistas, por una moral natural y su fe está fundada en la razón. El krausismo sigue una moral autónoma, no basada tampoco en dogmas inamovibles sino de acuerdo con los dictados de la propia conciencia. Con ello se presupone que el hombre posee libertad de elección. La moral krausista es una moral autónoma y voluntarista. No hay poder superior que el de la propia conciencia. Así, a pesar de abrazar el cristianismo, se irán desplazando hacia una «religión natural». Creen y admiten la evolución religiosa de la humanidad, como indica la siguiente declaración:

La meta de tal evolución es (...) una religión sin dogmas, ni misterios, ni milagros, ni revelaciones, cimentada en el convencimiento de que la razón se basta a sí misma para conocer a Dios y de que el reconocimiento de Dios y de sus propiedades absolutas es la sola religión digna de la humanidad¹⁵.

La lectura del diario íntimo de Jorge Lagarrigue, pensador chileno positivista que abrazó la «Religión de la Humanidad», nos da una idea clara de su concepto religioso, tan alejado, por cierto, de poderse considerar inmoral. En una de las cartas dirigidas a la «Madre» declara:

(...) Gracias a la Religión de la Humanidad, mis progresos intelectuales, lejos de conducirme al desprecio de la patria, no me han hecho sino amarla cada vez más. Vivir para los demás, es decir para la Familia, la Patria y la Humanidad, de ahí nuestra noble fórmula moral que concilia el amor de todos los seres dignificados en ti¹⁶.

Este arraigo a la patria une a krausistas y positivistas. Ambos pensamientos fomentaron la conciencia nacional.

El positivismo practicó una moral cercana a la «teología intramundana». Sin embargo, la crítica que el positivismo hizo de la religión establecida tuvo, también, su réplica. Se le acusó de inmoral y de que sólo había servido para formar anticlericales. «Las generaciones positivistas —indica Ignacio Prudencio Bustillo— se lanzaron al asalto de la milenaria fortaleza —la religión— sin pleno conocimiento, sin estudios previos¹⁷. Y concluye, tajantemente:

Por singular incompreensión, nuestros positivistas de aldea no se volvieron a la investigación científica, sino hacia la ramplonería de la irreligiosidad.

Sea como fuere, los positivistas tenían un sentimiento de la religión práctica que les mantenía en el camino del deber, de la abnegación social y